

años, Grotowski, que era un hombre fuerte en el panorama del teatro internacional, bloqueó la presentación de su compatriota en Nueva York. La muerte de quien había representado los intereses de Grotowski en los Estados Unidos, los costos siempre elevados del Teatro Laboratorio y, quizá más decisivamente, el declive de quien fue uno de los "enfants terribles" de la escena mundial, podrían, en fin, explicar por qué ha sido posible en el 79 lo que antes no lo fue. Y, de paso, señalar una vez más hasta dónde los intereses económicos suelen violentar el curso natural de la cultura.

El otro trabajo, presentado inmediatamente después de "La clase muerta", era de Joseph Chaikin, famoso desde sus tiempos del Open Theater. Desde la disolución del grupo, Chaikin ha seguido trabajando con unos cuantos colaboradores, y aún hoy se le tiene merecidamente por uno de los directores más serios y más honestos en el campo de la investigación actoral. Prestigio que le ha valido la realización de numerosos seminarios, y muy notablemente en Israel, en cuyo país quizá se encuentre de nuevo cuando se publiquen estas líneas. El espectáculo se titulaba "Re-arrangements" y había surgido de un trabajo colectivo —de un Taller— dirigido por el citado Chaikin. Se habían incluido textos de Muriel Rukeyser, Sam Shepard, Jean-Claude Van Itallie y Susan Sontag, y la música, de sonoridades insólitas, era —aparte de breves incrustaciones tradi-

cionales, manejadas como contraste— de Peter Golub y Skip La Plante, que formaban parte del Taller e intervenían, como únicos músicos, en el espectáculo.

Con escasos objetos escenográficos —dotados de una misión expresiva precisa—, el grupo dramatizaba, con la mayor libertad, una serie de sentimientos y reflexiones sobre la existencia humana, sin que, según el juicio de la mayoría de los espectadores, los distintos elementos llegaran a armonizarse dentro de la unidad última que conviene a toda representación, por muy diversas que sean sus partes. El problema de un teatro centrado en las proposiciones actorales se traducía, una vez más, en una "sucesión de momentos", cuya fuerza dramática dependía substancialmente de los intérpretes, casi siempre extraordinarios, pero sin disponer de una estructura poética en la que integrar sus aportaciones. Si desde la perspectiva del teatro español cotidiano, donde tantas veces la representación es sólo la ilustración "lógica" —en vez del tratamiento poético— de un texto, uno se siente generalmente obligado a reclamar la presencia de actuaciones imaginativas y creadoras, un espectáculo como "Re-arrangements" quizá probaría hasta dónde puede ser igualmente limitativa la operación contraria, un teatro "fundamentalmente" de los actores. La comparación entre "La clase muerta" y "Re-arrangements" sería, en este sentido, bien expresiva. Porque si los grandes actores polacos

Cultura a la contra

Los eternos amantes del rock

Callejean, tristes, buscando un árbol donde ahorcarse. Han perdido su revolución, y también las ganas de hacerla; han perdido el norte y la gula, si es que los han tenido alguna vez. Son los eternos amantes del rock, los que fueron muchachitos —y muchachitas, claro— en los cincuenta o sesenta. Todavía creen en muchas cosas, se las quieren creer para paliar el vacío inmenso de sus almitas melódico/rítmicas. Son ingenuos, y algunos se han tenido que refugiar en el cántico del Hare Krishna, como mal menor. Les ha ido gustando todo, moda tras moda, desesperadamente: Elvis, primero; los Beatles, luego; después, los Rolling Stones. Han sido beat-hippie-yippie, cada cosa a su tiempo, y algunas con cierto desfase. Y no se han planteado nunca, nunca, qué es el rock en realidad, qué es lo que significa, para qué sirve y a quién.

Desde luego, es mejor bailar que plantearse a qué son ballamos. No todos podemos hacer las dos cosas al mismo tiempo, igual que no todos pueden comerse un hongo psicodélico y pensar en quién se lo ha vendido. A lo mejor está bien así: menos comeduras de coco, menos actividad intelectual, menos pérdidas de tiempo que ha de emplearse en el solaz y el disfrute de la naranjada de plástico que nos dan en los bares y en las discotecas.

Ahora, todo ha cambiado, y ya no hay sitio para los eternos amantes del rock. Si fueran consecuentes, se dedicarían a la música disco, que es lo suyo. Ya no entienden de nuevas olas, ya no son conscientes de lo que está cambiando en la música, ni de por qué. Ni en el mundo. Los mejores se retuercen, histéricos y calmados alternativamente, bajo los picotazos durísimos y el speed que —dicen— mata. Como matar, matar, todo mata: incluso tomar café en determinados lugares públicos. Y mata, sobre todo, el aburrimiento de los pobres y eternos amantes del rock, tan entrañables y tan perdidos. No entienden nada: no entienden que ha habido un fenómeno punk, quizá pobre como realización musical, pero rico en significaciones y en cambios cualitativos, que ha cambiado el panorama musical del mundo desde hace años; no entienden el papel preponderante de la industria no sólo en la difusión, sino en la creación misma de la música pop, e incluso de su ideología. Ni siquiera se han enterado de que en el rock, como en todo lenguaje, va implícita una determinada ideología.

Y, además, se enfadan si se les dice. Ellos no quieren saberlo, no quieren más que coleccionar discos. No entienden que a uno le pueda gustar algo y, al mismo tiempo, tratar de entender lo que es. Cuando lo bonito de las cosas —y de las personas— consiste precisamente en llegar a entenderlas; luego saben mejor. Y se creen además, pobres almitas pequeñas, incapaces de ver el mundo sin las lentillas ahumadas de sus muchos complejos, que las palabras "burguesía", "industria" o "imperialismo" son siempre peyorativas y no simplemente descriptivas. Juzgan y se sienten juzgados, cuando nadie quiere juzgar a nadie.

Yo también soy un eterno amante del rock, aunque me cuesta mucho trabajo definir lo que es exactamente el rock, pues se han agrupado muchos tipos diferentes de música bajo este calificativo. Yo también vengo, desde hace años, emocionándome con distintos tipos de canción rítmica, simple y repetitiva, que llamamos rock para entendernos. Y ahora, como buena mariposa frívola que me honro en ser, pienso que estoy dispuesto a abandonar todo lo que me ha gustado, a sacrificarlo en aras de algo nuevo y más divertido que se me ofrezca. Eso sí, siempre querré entenderlo. ■

EDUARDO HARO IBARS.

